



Las **CIENCIAS MÉDICAS** en **México** durante el **siglo XIX**

Alfredo de Micheli Serra y Raúl Izaguirre Ávila

La época romántica

La expresión “romanticismo” deriva de *romantic*, término creado en Inglaterra hacia fines del siglo XVII, con el sentido de “romance”. El filósofo y escritor alemán Johann Herder (1744-1803), autor de la obra *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, 1784-1791, adoptó dicho término en sentido positivo como sinónimo de “medieval”, en contraposición a “antiguo”. Este movimiento cultural y artístico nació en Alemania a finales del siglo XVIII, y se desarrolló y alcanzó su auge en Europa durante la primera mitad del siglo XIX, como antítesis de la Ilustración. Afirmó el concepto de creatividad del espíritu, dominante en los grandes sistemas filosóficos del idealismo poskantiano, por ejemplo en el idealismo lógico de Hegel, en contra del antihistoricismo ilustrado.

Los orígenes del romanticismo se hallan en el movimiento del *Sturm und Drang* (tempestad e ímpetu), 1760-1785, en el que Friederich Schiller y Wolfgang Goethe realizaron sus primeras experiencias.

Se considera como comienzo oficial de dicho movimiento la publicación de la revista *Athenaeum* (Berlín, 1797), a cargo de los hermanos Schlegel. El movimiento romántico se prolongó hasta mediados del siglo XIX. En España tuvo un desarrollo tardío a causa del absolutismo del rey Fernando VII. De hecho, alcanzó allí su mayor plenitud solamente entre 1833 y 1854, aunque perduró todavía después de eso.

El movimiento del romanticismo se caracterizó por una inclinación a la naturaleza y por prestar mayor

atención al espíritu. Tiende a la contemplación; a lo inmensurable e infinito, más que a las mediciones exactas. Prefiere sintetizar que analizar, tiende a la aventura, a la imaginación, a la fe, a la revaloración de la naturaleza como un todo. Para el romanticismo, en cada parte de la naturaleza existe una idea y cada parte de una idea puede explicar el todo. Realza lo cualitativo más que lo cuantitativo, lo dinámico más que lo estático, y se basa más en la intuición que en la razón.

Este tipo de pensamiento influyó en las artes y en las ciencias, incluyendo la medicina. Las aportaciones relevantes del periodo en el ámbito médico fueron numerosas; baste mencionar algunas: la aparición de la teoría celular y el reconocimiento de diferentes tipos de tejidos y células, incluyendo las de la sangre que originaron una visión *estequiológica* de la estructura corporal (que ve al cuerpo y los órganos como formados por células y tejidos de diversa naturaleza); la ubicación de la enfermedad en las alteraciones celulares y tisulares; la observación de la lesión microscópica como extensión de la lesión patológica macroscópica, identificada gracias al perfeccionamiento del microscopio mediante las lentes acromáticas, que terminaron con el problema de la aberración; y la aparición del arte de la interpretación de los signos y síntomas como expresión de los órganos y tejidos enfermos, que originó el estudio clínico de las enfermedades y la correlación con la alteración anatómica. Este procedimiento para identificar las enfermedades, denominado *correlación clínico-patológica*, se usa hasta la actualidad.



En el periodo romántico apareció la disciplina de registrar meticulosamente por escrito los datos del enfermo, así como los síntomas y signos de la enfermedad que le aquejaba mediante un relato *patográfico* (de *pato-*, afección, y *-grafía*, descripción) que hoy conocemos como *historia clínica*. Ello fue posible gracias al idealismo del periodo en el mundo germánico que pretendía captar detalladamente, mediante la aplicación de los cinco sentidos, lo que ocurre en el enfermo. Todo lo que el médico observaba (vista), palpaba (tacto) y escuchaba (oído) mediante la auscultación directa sobre el tórax y abdomen, primero, y después mediante el estetoscopio, era cuidadosamente anotado para su interpretación. Incluso los olores emanados del enfermo y de sus secreciones, y el sabor de algunos productos, incluyendo la orina, tendrían un significado, cuya interpretación podría conducir a ubicar el sitio, en un órgano o tejido, donde radicaba la enfermedad.

Así surgieron grandes grupos de médicos llamados “clínicos”, porque obtenían la información para diagnosticar la enfermedad directamente en la cama del enfermo. Las principales escuelas se dieron en Austria, Francia e Inglaterra, cuyos médicos caracterizaron numerosas enfermedades “nuevas” mediante la identificación de signos, síntomas, síndromes y alteraciones anatomopatológicas no sospechadas con anterioridad.

La difusión de los nuevos pensamientos y procedimientos médicos se hizo mediante libros que ejercieron una gran influencia más allá de las fronteras de

esos países, y unificaron el concepto de enfermedad que llevaría hacia la segunda mitad del siglo XIX a otro periodo, llamado *positivismo*, de grandes logros en la terapéutica, gracias al perfeccionamiento de las técnicas de diagnóstico con nuevos aparatos.

El movimiento romántico se diseminó a los diversos países de Europa y llegó al México decimonónico. Durante el romanticismo en México, entre los libros de texto para la carrera de Medicina estaban, en 1824, *Recherches physiologiques sur la vie et la mort*, del anatomista y fisiólogo M. F. X. Bichat (1800); *Institutiones medicae*, de Hermann Boerhaave, en la edición madrileña de 1798; *Curso completo de anatomía del cuerpo humano*, de Bonells y La Caba (1796-1800) y los textos de matemáticas de Benito Bails (Fernández del Castillo, 1953).

Vale la pena mencionar, de pasada, que en 1825 se aprobaron por el Congreso del Estado de Puebla los estatutos de la Academia Médico-Quirúrgica poblana, sita en el antiguo Hospital de San Pedro (De Micheli, 2003). Ésta puede considerarse como la primera academia científica de América, en la que el doctor Luis Guerrero redactó y publicó en 1832 el tratado *Elementos de clínica médica interior*. La academia mencionada también patrocinó la publicación de la obra *Ensayos de la materia médica mexicana* (1832), primera farmacopea elaborada e impresa en América, debida esencialmente a los desvelos del boticario español Antonio Cal y Bracho, creador del jardín botánico de la angelópolis en 1820 (Academia Médico Quirúrgica de Puebla, 1832).

Cabe señalar un hecho importante: si en la primera mitad del siglo XIX la medicina estaba volviéndose científica en Francia, a la luz de las ideas renovadoras del trío Condillac-Pinel-Bichat (Figura 1), algo semejante ocurrió en México gracias a la labor del doctor Manuel Eulogio Carpio (Figura 2) y de su seguidor el doctor Miguel Francisco Jiménez (1813-1875). El veracruzano Carpio tradujo el artículo “Pectoriloquo” del doctor Marat –que se hallaba en el tomo 40 del *Dictionnaire des sciences médicales*, París, 1819– del francés al castellano, y lo publicó en 1823 junto con su traducción del latín de los *Aforismos* de Hipócrates. El escrito “Pectoriloquo” (Figura 3) trata de la invención del estetoscopio por Laënnec (Figura 4) en 1817. Tal





Figura 1. Marie-François Xavier Bichat (1771-1802).

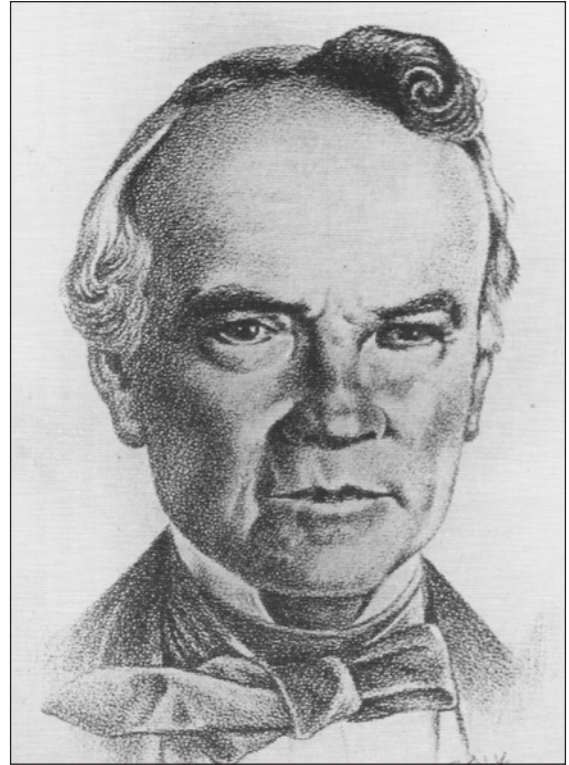


Figura 2. Manuel Eulogio Carpio (1791-1860).

ARTICULO

SOBRE EL USO DEL PECTORILOQUO.

Pectoriloquo se deriva de la palabra *pectus* pecho, y *loqui* hablar, nombre que Laënnec ha dado á un instrumento de que se sirve para reconocer los diferentes sonidos que se perciben en el pecho con el fin de llegar al diagnóstico de las enfermedades de esta cavidad.

El autor ha mudado despues el nombre de pectoriloquo, que creyó bárbaro (no se sabe bien por que, pues si el pecho no ha-

155

Figura 3. Artículo Pectoriloquo, traducido del francés al castellano por el Dr. Carpio (1823).



Figura 4. René-Théophile-Hyacinthe Laënnec (1781-1826).

instrumento, que permite la auscultación mediata de los fenómenos acústicos intratorácicos, no tuvo una amplia acogida inmediata en México, pero su gran utilidad clínica fue validada y difundida más tarde por el doctor Miguel F. Jiménez (Figura 5).

Obras médicas en la biblioteca universitaria

Al ser clausurada, en octubre de 1833 (Carreño, 1965) la trisecular Universidad de México (Figura 6), se inauguró el Establecimiento de Ciencias Médicas, Chávez I (1947), que de 1833 a 1835 estuvo alojado en el edificio del antiguo Hospital de Nuestra Señora de Belén (Figura 7), ya perteneciente a la congregación de los Hermanos Betlemitas (Fernández del Castillo, 1953). Este hospital había dejado de funcionar en 1821, debido a la supresión de las congregaciones hospitalarias, decretada por las Cortes Españolas del trienio liberal. En la nueva institución docente se integraron las disciplinas propiamente médicas con las quirúrgicas y con las ciencias básicas. Tal proceso fue lento y gradual en todos los países de occidente. Sin embargo, aquí ya se habían levantado voces en favor de reunir los estudios de medicina interna con los de cirugía y de botánica médica (Anónimo, 1823; Figura 8) o al menos los de medicina y cirugía (Calderón, 1826; Figura 9).

Si consideramos los libros médicos y científicos en general, utilizados por docentes y alumnos, mismos que estaban presentes en la bella biblioteca universitaria en el momento de su primera clausura (BNM, Fondo de origen, Reg. 6431), podemos darnos cuenta de que se hallaban bastante al día respecto al avance del conocimiento científico de aquella época. Aún más, si se tiene en cuenta que en ese entonces los progresos de la ciencia y los intercambios de ideas y conocimientos eran mucho más lentos que en épocas posteriores.

La ciencia médica estaba representada esencialmente por obras francesas, aunque había también alguna que otra publicación en lengua española. Entre estas últimas se citan los *Elementos de terapéutica y materia médica*, de Ramón Capdevilla Masana (Madrid, 2ª. ed., 1825), que constituye un compendio de los *Nouveaux éléments de thérapeutique et de matière médicale*, de Jean-

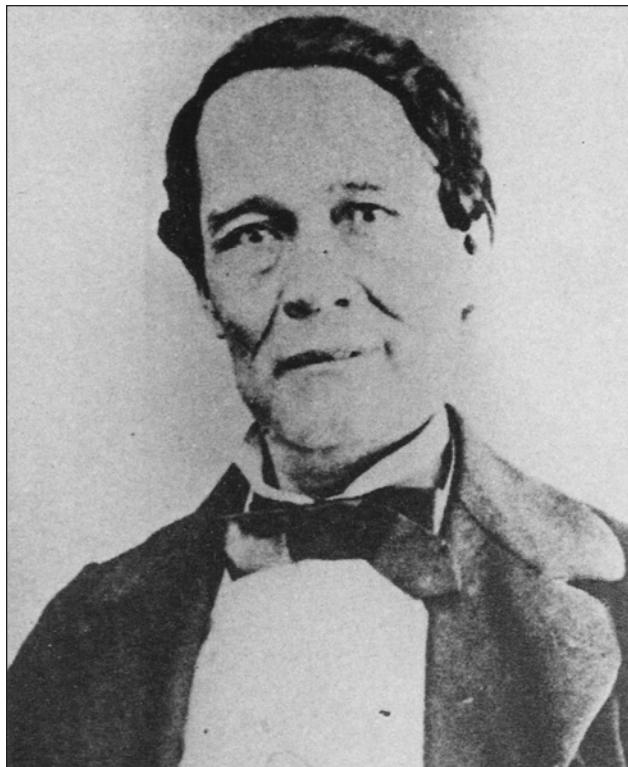


Figura 5. Dr. Miguel Francisco Jiménez (1813-1875).



Figura 6. Escudo de la Nacional y Pontificia Universidad de México.

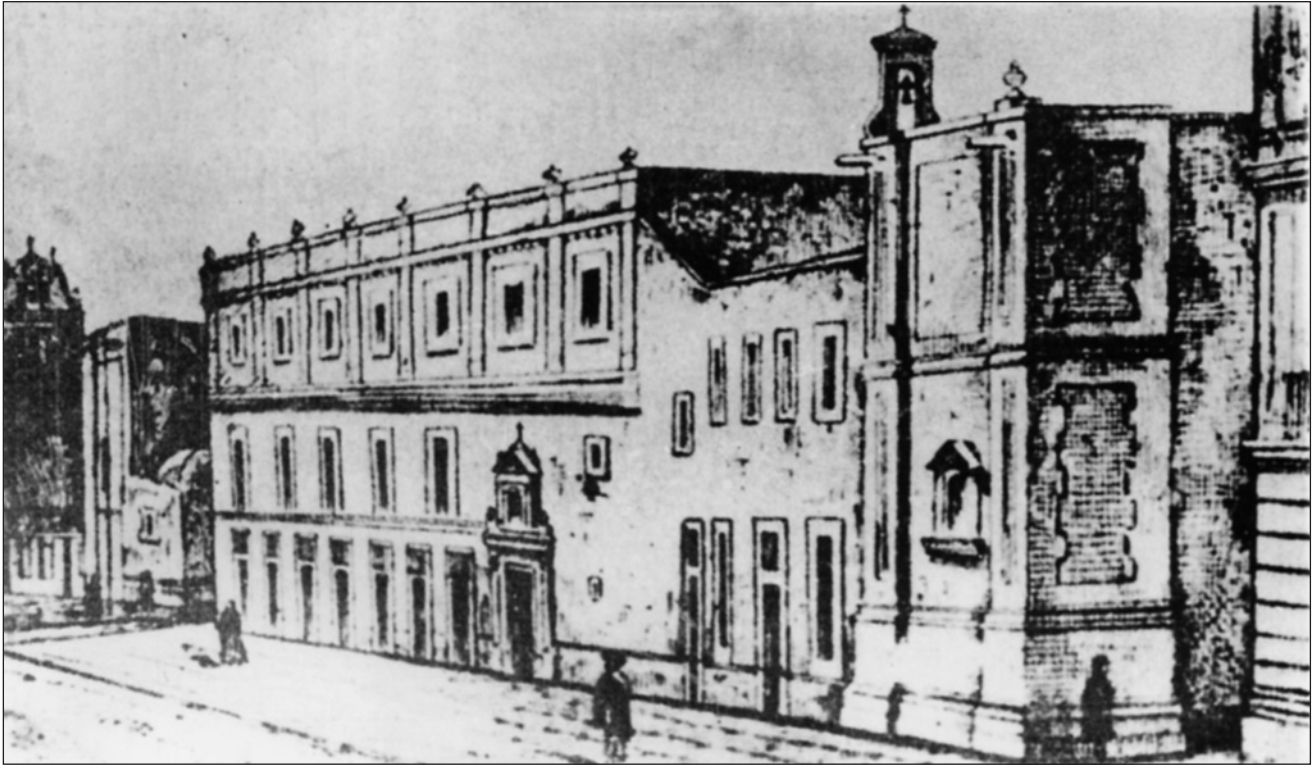


Figura 7. Antiguo hospital de Betlemitas, primera sede del Establecimiento de Ciencias Médicas.

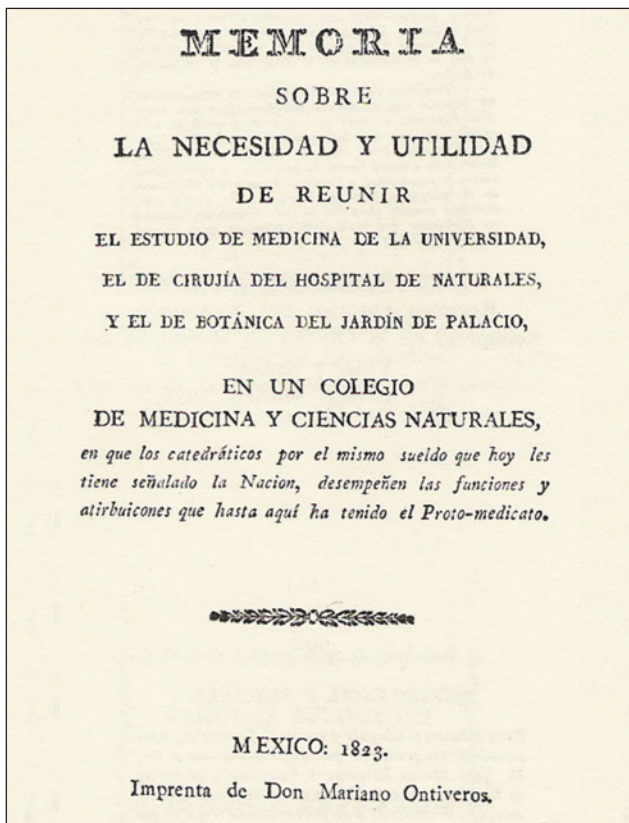


Figura 8. Artículo publicado por un ciudadano anónimo de la capital (1823).

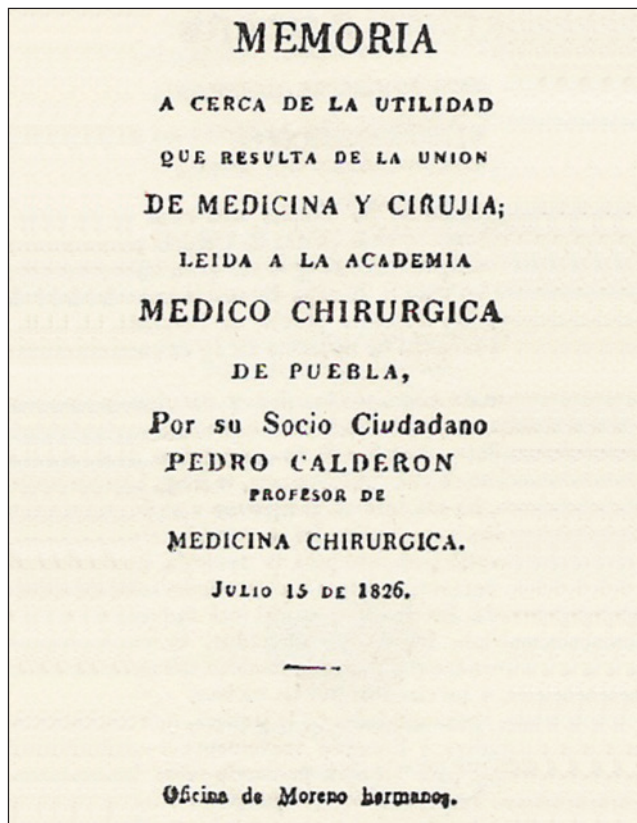


Figura 9. Artículo publicado por el ciudadano Pablo Calderón en Puebla (1826).

Louis Alibert (1766-1837), considerado el fundador de la dermatología moderna. Estaba asimismo el tratado *Novorum vegetabilium descriptiones* (Figura 10), del mexicano Pablo de la Llave y el español Juan Manuel Martínez Lexarsa (1824). Figuraban también algunos textos del español Mateo José Buenaventura Orfila, naturalizado francés en 1811, como los *Éléments de chimie médicale* (París, 1817, edición castellana de 1818); *Leçons de médecine légale* (París, 1821) en la traducción castellana de S. G. de Belaúnde (Madrid, 1825), en dos tomos; *Auxilios que deben prestarse a los envenenados y asfixiados*, etcétera. Se hallaban igualmente la *Instrucción sobre los accidentes de los mineros*, de Salmade, en traducción española (1823), así como las *Reflexiones médicas sobre el diabetes*, de Juan Manuel González Ureña (1829) y el *Dictamen sobre la enfermedad cólera morbus*, de Hordas (Londres, 1832), en versión castellana (México, Impr. de Galván, 1832).

Entre las publicaciones en francés se encontraban *Nouveaux éléments de physiologie* (París, 1801); *Noso-*

graphie et thérapeutique chirurgicales (París, 1805), de Antelme Baltasar Richerand, y *Éléments de pathologie générale*, de Auguste François Chomel (París, 1817). Junto a estos libros estaban *Anatomie pathologique, Examen de la doctrine médicale généralement adoptée* (1817) y *Le choléra-morbus épidémique* (1832), de François Joseph Victor Broussais (Figura 11). Este último texto, traducido al castellano, había sido impreso en México por Martín Rivera (1832).

Había asimismo *Précis élémentaire de physiologie* (París, 1816-1817) de François Magendie (Figura 12), en la traducción castellana de R. Frau y J. Trias (Barcelona, 1828), el tratado *Mémoire sur l'action des artères dans la circulation* (París, 1817) y el *Formulaire pour la préparation et l'emploi de plusieurs nouveaux médicaments* (París, 1821), de dicho autor. Se citaban aún las *Cœuvres médico-chirurgicales* de Pierre-Eloy Fouquier; el *Traité de médecine légale et d'hygiène publique*, de François-Emmanuel Fodéré (París, 1815); el *Manuel d'hygiène publique et privée*, de Leopold Deslandes (París, 1826),

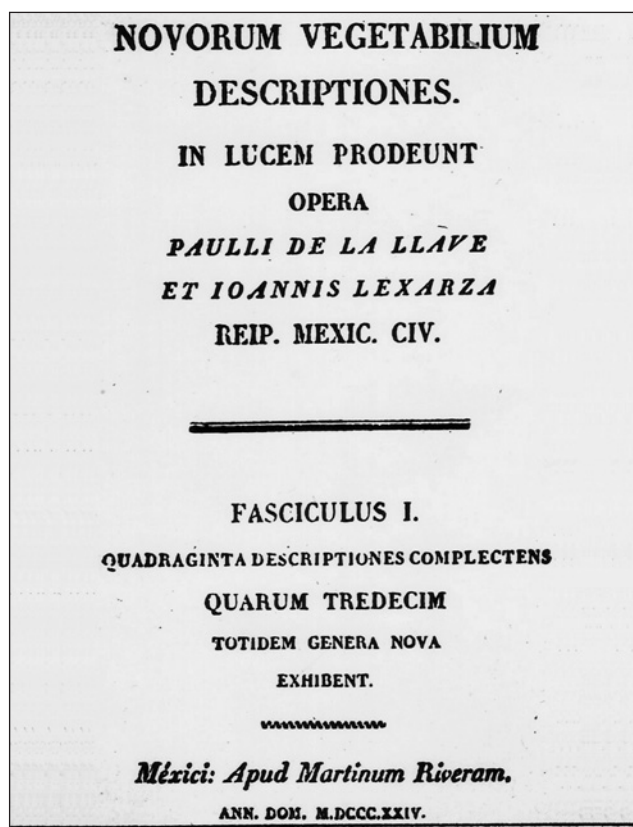


Figura 10. Frontispicio del tratado de botánica de Pablo de la Llave y Juan Lexarsa (México, 1824).



Figura 11. François Joseph Victor Broussais (1772-1838).

así como el tratado con el mismo título de Apollinaire Bouchardat y el compendio de historia de la medicina de Jean-Baptiste Bouillaud.

Las especialidades quirúrgicas contaban con varias obras de Joseph Capuron, como el *Cours théorique et pratique d'accouchements* (París, edición realizada entre 1811 y 1826), el *Traité des maladies des femmes* (París, 1812 y 1817), el *Traité des maladies des enfants* (París, 1813 y 1820), *La médecine légale, relative à l'art des accouchements* (París, 1821), etcétera. Deben mencionarse, además, la *Doctrine moderne de la phlébotomie et artériotomie*, de Richard Le Preux, reimpresa en México por Alejandro Valdés (1824), el *Manuel de l'anatomiste*, de Jacques-Pierre Maygrier (París, 1807), las *Nouvelles démonstrations d'accouchements* (París, 1822-1827) y el *Nuevo método para operar los partos* de dicho autor, en traducción española (1821). Se hace mención también del texto *Nouveaux éléments de chirurgie et de médecine opératoire*, del médico belga Louis-Jacques Begin (1824).

Libros de ciencias naturales

Los textos pertenecientes a este campo comprendían el *Cours de botanique médicale comparée*, de Pierre Henri Hippolyte Bodard (París, 1810); el *Prodromus systematis naturalis regni vegetabilis*, de Augustin-Pyramus de Candolle (París, 1824-1839), en el que se describe la flora mexicana, recogida por el naturalista criollo José Mariano Mociño, y las *Tablas botánicas...* de Julián Cervantes (1825). Se hallaban, además, el *Atlas des plantes équinoxiales, dessinées par A. Bonpland* (París, 1809-1818), en cuatro tomos, con la flora mexicana en el último, y la obra *Essai sur la géographie des plantes*, de A. Humboldt y A. Bonpland (1807). No faltaban tratados de física. La lista menciona el *Traité de physique expérimentale et mathématique* de Jean-Baptiste Biot (París, 1816) y las *Lettres sur la physique* del médico francés Alexandre Bertrand (1825).

En sus posteriores y transitorios periodos de actividad, la biblioteca universitaria siguió enriqueciéndose con obras científicas antiguas y recientes, no obstante las graves dificultades económicas de su *alma máter*. Ésta fue alternativamente reabierto y clausurada en 1835, 1857 y 1861.



Figura 12. François Magendie (1783-1855).

Poco después de la guerra de intervención estadounidense, en 1850, se adquirió un lote importante de libros médicos y científicos. Entre ellos resaltan *Medicina y cirugía legal, acomodada a la legislación española*; *Tratado elemental de patología general y anatomía patológica*, de Francisco de P. Folch y Amich (Barcelona, 1845); *Vademecum de medicina y cirugía legal para el uso de los cursantes*, de Pedro Mata y Fontanet (Madrid, 1844) y *Tratado de anatomía*, de Lorenzo Boscasa (1844). También el *Traité élémentaire de matière médicale*, de Jean-Baptiste Grégoire Barbier (París, 1819-1820); *Nouveaux éléments d'hygiène rédigés suivant les principes de la nouvelle école médicale*, de Charles Londe (París, 1827), *Manuel de médecine opératoire*, de Joseph-François Malgaigne (París, 1834) y *Nouvelles éléments de pathologie médico-chirurgicale*, del internista Louis Charles Roche y el cirujano Louis Joseph Sanson (París, 1825-1828; Figura 13), libro que fue usado como texto por numerosas generaciones de estudiantes de medicina en Europa y que fue traducida al castellano.

Se mencionan igualmente el tratado *Biología universal*, del naturalista suizo Samuel-Elysée Brindel-Brideri (Leipzig, 1826), así como la *Filosofía botánica* y la *Introducción a la botánica* del alemán Enrique Federico Link (edición original, Berlín, 1836-1839), el *Catalogus plantarum Americae Septentrionalis*, del estadounidense Teófilo Enrique Ernesto Muhlenberg (1813), los *Nouveaux éléments de botanique et de physiologie végétale*, de Achille Richard (París, 5ª edición, 1833), el *Curso elemental de botánica*, del mexicano Miguel Bustamante y Septién (México, 1841) y las obras completas del conde de Buffon, con los "Suplementos" de Cuvier y Lacépède (*Suites à Buffon*, Barcelona, 1841). Figuraban también muchos otros textos, por ejemplo las clasificaciones comparadas de Cuvier y su continuación por Lesson (Madrid, 1848), en ochenta tomos; el *Abrégé élémentaire de chimie inorganique et organique*, de Jean-Louis Lassaigne (París, 1829), y varios más.

Por su parte, había el texto *Formulario magistral y memorial farmacéutico*, debido a Charles Louis Cadet de Gassicourt y traducido al castellano por Nicolás Molero (1821). En él se describen los efectos terapéuticos de la digital purpúrea, y se recomienda el uso de la infusión y tintura de la misma contra el *anasarca* (una forma de edema o acumulación de líquidos en todo el cuerpo).

Cabe mencionar aún que los libros de texto para la carrera de medicina, en 1855, eran los siguientes: *Tratado elemental completo de moral médica*, de Félix Janer y Bertrán (1847), *Dictionnaire historique de la médecine ancienne et moderne*, de Jean-Eugène Dezeimeris (1838-1839), *Traité élémentaire d'hygiène publique et privée*, de Louis-Alfred Becquerel (1851), y los *Tratados de higiene* de Londe y de Bouchardat.

Por otro lado, entre las tesis recepcionales de medicina, presentadas en la década de 1840 (Castañeda de Infante, 1988), se hallan una *Cartilla o breve instrucción sobre la vacuna* (1840), del Dr. Miguel Muñoz; una *Memoria sobre los medios de desterrar la embriaguez* (1847), del Dr. Francisco Ortega, y *La hidropatía o más bien la hidroterapia desde su origen hasta nosotros* (1849), del Dr. Manuel González Serveña. Pero el 14 de sep-

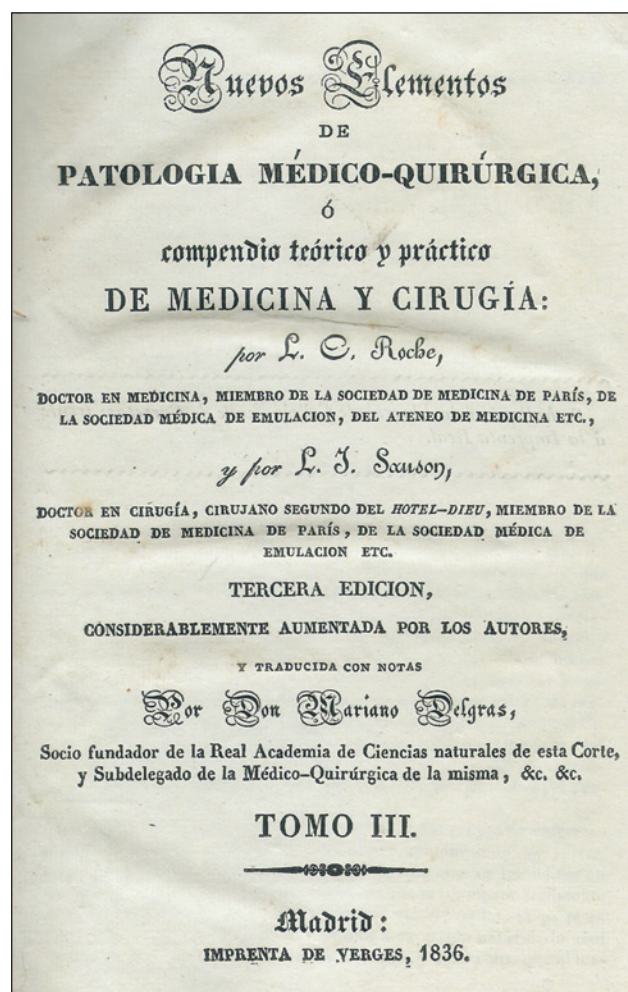


Figura 13. Portada del libro de Roche Sanson (edición española, 1836).

tiembre de 1857, por decreto del entonces presidente de la República, don Ignacio Comonfort, se suprimió la Universidad, pasando sus bienes a formar parte de la Biblioteca Nacional.

Debe tenerse presente que, pese a las guerras y revoluciones de la época, la biblioteca universitaria seguía ampliándose gracias a nuevas compras y a generosas donaciones de particulares. De este modo, en 1857 entró en posesión de un acervo de obras muy valiosas, como *Traité sur les gastralgies et les entéralgies*, de Jean-Pierre Barras (París, 1827), el *Manuel de clinique chirurgicale*, de Alphonse Tavernier (3ª. edición, París, 1837), *De la physiologie du système nerveux et spécialement du cerveau*, de Etienne-Jean Georget (París, 1821), el *Abrégé d'histoire de la médecine*, de André-François Gastier, e *Histoire naturelle de la santé et de la*

maladie chez les végétaux et chez les animaux, de François-Vincent Raspail (1813). Don José María Vargas, catedrático de farmacia y secretario del Consejo de Instrucción Pública, hizo donación del *Traité expérimental de l'électricité et du magnétisme*, del físico francés Antoine-César Becquerel (1855).

En plena guerra de Reforma –mayo de 1858 y julio de 1859– se realizaron nuevas adquisiciones, por iniciativa del entonces rector don José María Díez de Sollano. Se adquirió, pues, el *Compendio de historia de la Medicina*, de Codorniu y de la Rubia (Madrid, 1841), y también el *Diccionario de Medicina y Cirugía*, de Antonio Ballano, con las adiciones de Manuel Hurtado de Mendoza y Seledonio Martínez Caballero; el *Dictionnaire de médecine et de chirurgie pratiques* (1829), en que colaboró el distinguido anatomista



Jean Cruveilhier (1791-1874), fundador de la disciplina de histología patológica (11 tomos), y en español (22 tomos); el *Diccionario de medicina, cirugía y arte veterinaria*, en francés (6 tomos); las *Mémoires de l'Académie Royale de Chirurgie* (15 tomos), y el *Diccionario abreviado de ciencias médicas*.

Se obtuvo, en fin, una colección de láminas de la Academia de Cirugía (6 tomos), el *Manual del naturalista director* y el *Compendio de química médica*, de Martinet, en dos tomos.

Cabe mencionar que en el México ya independiente se constituyeron algunas academias y sociedades científicas (De Micheli, 2003). Además de la preexistente Academia Médico-Quirúrgica de Puebla, organizada por el Dr. José Palacios Soria y citada desde 1802, se constituyó en 1836, bajo la presidencia del Dr. Manuel Carpio, la primera Academia Médica Mexicana, que se estableció en el antiguo Hospital de Belemitas. Ésta editó de manera ininterrumpida, duran-

te cinco años, su propio periódico (Figura 14). La segunda Academia Mexicana de Medicina se formó en casa del Dr. Leopoldo Río de la Loza el 30 de noviembre de 1851, presidida por él y con la asistencia de 27 médicos. Sus miembros reanudaron la publicación del *Periódico de Medicina de México* en 1852. En éste aparecieron varios artículos del Dr. Miguel Francisco Jiménez sobre el absceso hepático y otros temas. Se crearon asimismo algunas sociedades científicas, como la Sociedad de Geografía y Estadística, presidida por don José Justo Gómez de la Cortina (1833), y la Sociedad Filoiátrica de México (1842), que contaba con su propia publicación periódica (Figura 15).

Conclusiones

De los títulos mencionados se desprende que la medicina mexicana –al igual que la europea– se orientaba hacia el método del cotejo anatómico-clí-



Figura 14. Periódico de la primera Academia de Medicina de México, constituida en 1836.

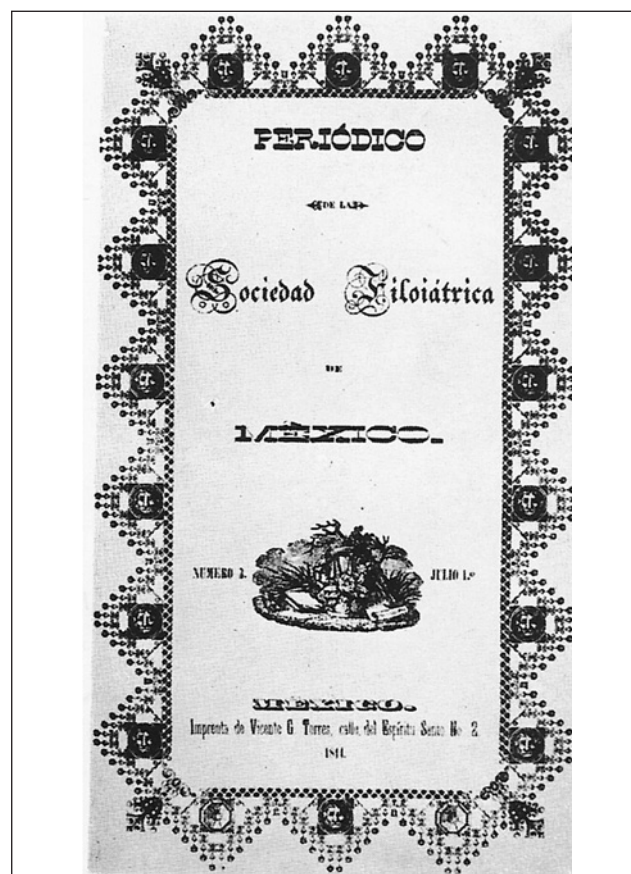


Figura 15. Periódico de la Sociedad Filoiátrica de México, establecida en 1842.

nico, que dominó el campo médico durante todo el siglo XIX y buena parte del siglo XX.

Por todo lo antes dicho, el juicio de “anticuada” acerca de la biblioteca universitaria de México, que formularon a principios del siglo XX ciertos personajes de entonces, adolece de un error de perspectiva. Una bien documentada publicación del maestro Ignacio Chávez (1947) ha hecho justicia a las nobles tradiciones de la medicina mexicana.

Después de tantos avatares que, en justicia, merecían mejor suerte, se llegó a la clausura definitiva de la vetusta Universidad de México, por decreto imperial del 30 de noviembre de 1865, firmado por el archiduque Maximiliano de Habsburgo y contrafirmado por el entonces ministro de Instrucción Pública y Cultos, don Francisco Artigas. El último rector, licenciado Basilio Arillaga, recibió una carta de agradecimiento de parte de este alto funcionario. Cabe mencionar que también la ilustre Escuela Médica de Salerno fue suprimida por un soberano extranjero —el entonces rey de Nápoles, Joaquin Murat— con decreto del 29 de noviembre de 1811. Sin embargo, el Dr. Polito, prepósito de aquella noble escuela, no recibió siquiera un reconocimiento por el liderazgo que ella había mantenido durante siglos en el mundo médico occidental. *Sic transit gloria mundi!* (¡Así se va la gloria de este mundo!)

Alfredo de Micheli Serra es médico especializado en medicina interna y cardiología, doctor en ciencias médicas (cardiología) por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), investigador del Instituto Nacional de Cardiología “Ignacio Chávez” (INCIC) y del Sistema Nacional de Investigadores. Es profesor titular de la Facultad de Medicina de la UNAM, miembro de la Academia Nacional de Medicina y de la Academia Mexicana de Ciencias. Es autor o coautor de numerosos artículos publicados en revistas nacionales e internacionales, artículos de enseñanza y capítulos de libros.

archivos@cardiologia.org.mx

Raúl Izaguirre Ávila es médico especializado en medicina interna y hematología, investigador en ciencias médicas de la Secretaría de Salud y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Ha sido presidente de la Agrupación Mexicana para el Estudio de la Hematología y coordinador del Comité de Expertos

en Anticoagulación Oral del Grupo Latinoamericano de Hemostasia y Trombosis. Pertenece a numerosas sociedades médicas y es autor o coautor de numerosos artículos publicados en revistas nacionales e internacionales, artículos de divulgación y enseñanza, así como de capítulos de libros editados en México, España, Argentina y Uruguay. Trabaja como jefe del Departamento de Hematología en el INCIC y es profesor de hematología en diversos centros universitarios.

rizagui@yahoo.com

Lecturas recomendadas

- Academia Médico Quirúrgica de Puebla (1832), *Ensayo para la materia médica Mexicana*, Puebla, Impr. del Hospital de San Pedro.
- Anónimo (1823), *Memoria sobre la necesidad y utilidad de reunir el estudio de Medicina de la Universidad, el de Cirugía del Hospital de Naturales y el de Botánica del jardín de Palacio en un colegio de Medicina y Ciencias Naturales*, México, Impr. de Mariano de Ontiveros.
- Cadet de Gassicourt, C. L. (1821), *Formulario magistral y memorial farmacéutico* (traducción de Nicolás Molero), México, Impr. de Juan Bautista Arizpe.
- Calderón, P. (1826), *Memoria de la unión de la Medicina y Cirugía*, Puebla, Impr. de Moreno Hermanos.
- Carreño, A. M. (1965), *Efemérides de la Real y Pontificia Universidad de México*, México, UNAM.
- Castañeda de Infante, C. (coord., 1988), *Catálogo de tesis de Medicina del siglo XIX*, México, UNAM.
- Cervantes, J. (1825), *Tablas botánicas*, Puebla de los Ángeles, Impr. de los Hermanos Moreno.
- Chávez, I. (1947), *México en la cultura médica*, México, El Colegio Nacional.
- De la Llave, P. y J. J. Martínez Lexarza (1824), *Novorum vegetabilium descriptiones*, México, Impr. de Martín Rivera.
- De Micheli, A. (2003), “De academias y académicos. Bosquejo histórico”, *Gac. Méd. Mex.*, 139(9):281-285.
- Fernández del Castillo, F. (1953), *La Facultad de Medicina*, México, UNAM.
- González Ureña, J. M. (1829), *Reflexiones médicas sobre el diabetes*, México, Impr. de Galván, a cargo de Mariano Arévalo.
- Humboldt, A. y A. Bonpland (1807), *Essai sur la géographie des plantes*, París, Tip. de Fr. Schoell; Tubinga, Tip. de J. G. Cotta.